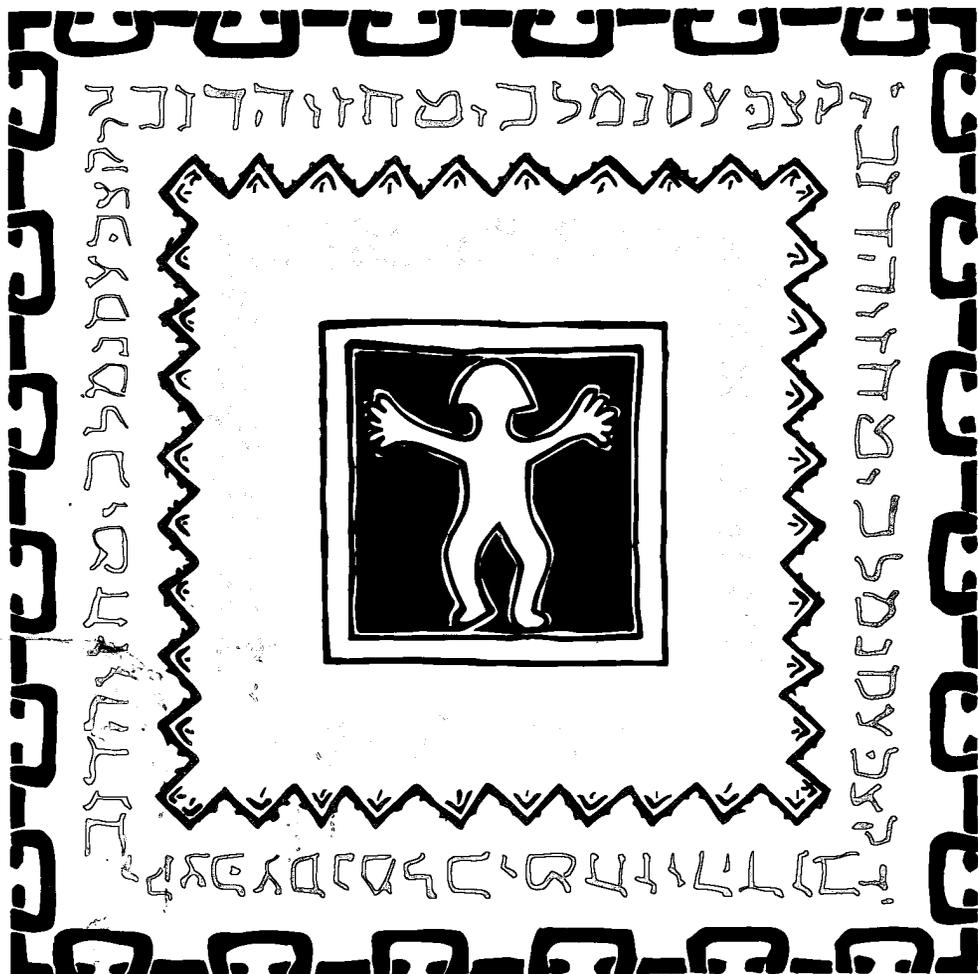


Antonio Duplá, Piedad Frías e Iban Zaldúa (eds.)

OCCIDENTE Y EL OTRO: Una historia de miedo y rechazo



Edita

Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño y Maquetación

Centro de Diseño del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño de portada

Silvia Martín

Imprime

Gráficas Santamaría, S.A. - Bekolarra, 4

Depósito Legal: VI- 86/96

I.S.B.N. 84-87645-47-X

La alteridad en Europa hoy Racismo e inmigración

Pedro Alvite

(DPTO. DE SOCIOLOGÍA, UPV/EHU)

Cuando la sociedad sufre, experimenta la necesidad de encontrar a alguien a quién imputar el mal, y sobre él se venga en su decepción.

E. Durkheim, 1894.

Se escribe la historia pero siempre se ha escrito desde el punto de vista de los sedentarios en nombre de un aparato unitario de Estado, al menos posible, incluso cuando se habla de nómadas. Lo que no existe es una nomadología, justo lo contrario de una historia.

G. Deleuze y F. Guattari, Mil Mesetas, 1994.

Introducción

El sueño de la Europa mejor que algunos dibujaban tras la caída del muro de Berlín se ha convertido, en esta larga noche del fin de siglo que nos ha tocado vivir, en una pesadilla.

El racismo y la xenofobia, la inferiorización y la exclusión, el rechazo y la insolidaridad, tanto los que se dan en el ámbito social como en el institucional, constituyen uno de sus principales fantasmas y nos retrotrae a los períodos más oscuros de nuestra historia en los que se alumbraron los horrores de la guerra y el nazismo.

En la medida en que estos fenómeno socavan los más elementales principios de solidaridad y respeto para con otras personas y culturas, cuestiona aún más, si cabe, la posibilidad de construir una sociedad basada en los valores de la igualdad social y la diversidad cultural.

Por ello, es de enorme importancia plantearse algunas preguntas básicas que nos permitan entender estos fenómeno: ¿por qué se acrecienta la desigualdad y la exclusión?, ¿por qué se extienden el rechazo y la inferiorización?, ¿por qué se generalizan las actitudes de miedo, inseguridad y autoritarismo en esta Europa de final de siglo?

Trataremos de rastrear las respuestas partiendo de lo que es la alteridad y las formas y características que adopta en Europa hoy, deteniéndonos especialmente en los grupos de alteridad que, como l@s inmigrantes, son percibidos con una significación social y simbólica negativa.

La alteridad construida

Si tuviésemos que dar, para empezar, una definición del término central de este artículo, el otro-otros/la alteridad, podríamos plantearla como: sujeto individual/colectivo percibido consciente/inconscientemente como expresión cultural y comportamiento social diferenciado del uno/nosotros.

En la base de este binomio nosotros/los otros (y no es indiferente su expresión lingüística y su representación simbólica en y como masculinos) se encuentra la identidad. Ésta, simplificando mucho, sería el conjunto de elementos sociales, culturales y psicológicos que nos definen como sujetos con una personalidad y unas características que nos da vida como individuos y como grupo; estos nos permiten, por una parte, relacionarnos, identificarnos, con los que consideramos semejantes y, por otra, diferenciarnos de los que tienen otros elementos de relación, de identificación.

Esta dinámica identitaria está en la base de toda cultura y de toda sociedad. A lo largo de la historia se han dado en las distintas civilizaciones tanto grupos con diferentes intensidades en su identidad, como la convivencia de grupos con identidades sociales y culturales diferentes. Por otra parte, esta dinámica no tiene por qué ser necesariamente conflictiva.

Así pues, toda sociedad construye su cultura como un complejo de valores, tradiciones, símbolos, lengua... que le otorga una identidad común. A través de esta identidad, toda sociedad se constituye simbólicamente como un nosotros ideal que le informa, mediante la memoria colectiva, de un pasado conjunto y, mediante la aspiración mítica de proyectos, de un futuro compartido.

Pero de la misma manera, desde esa referencia grupal se crea la imagen, se le da identidad, al otro o a los otros. Los otros se nos presentan con sus atributos, sus costumbres, su lengua, etc. y somos nosotros los que nos construimos, a través de la percepción, una imagen de él, de ellos: los formamos, les damos un papel y les otorgamos una posición en nuestro entorno.

Con los otros culturalmente diferentes todo grupo social mantiene, necesariamente, una relación dicotómica: su diferencia nos ayuda a reforzar nuestra identidad específica, pero, debido a ella, es imprescindible un intercambio: de sujetos, mercancías y símbolos, decía **Lévi-Staruss** (Levi-Strauss, 1981).

La historia de toda civilización es la historia de este doble proceso.

Así pues, no sólo es el grupo o la sociedad de pertenencia el que define social e históricamente, tanto la conciencia de la identidad simbólica del nosotros, como la proyección que hace de la identidad supuesta de los otros, sino también la experiencia concreta de convivencia entre nosotros y los otros.

Es decir, depende de múltiples variables económicas, históricas, políticas, ideológicas, sociales, ecológicas... el que esa conciencia o esa proyección adopte una forma específica.

Por lo tanto, en la medida en que es una construcción social e histórica, no es inmutable y, por ello, está sometida a continuos cambios y redefiniciones.

En sí mismas, la percepción y la construcción de la imagen del otro no tienen porqué estar cargadas de significaciones negativas, ni la convivencia de distintos grupos sociales con culturas diferentes tiene que estar marcada en exclusiva por la conflictividad. Ahora bien, la historia de Occidente está cargada de ejemplos donde la explotación, dominación y expulsión de unos grupos hacia otros en nombre de las más variadas ideas y creencias es una tónica constante. Hasta el punto de hacer decir a algunos autores (**Garaudy**, 1991) que no son elementos contingentes de nuestra civilización, sino que están en la base misma de nuestra cultura.

De la lógica de la inferiorización a lógica de la exclusión

Podríamos decir que la construcción de alteridad hacia la mayoría de grupos y culturas ajenas al cristianismo, primero, y a la modernidad, después, se basa en una doble característica:

- a) la alteridad en estos sujetos se va deslizando desde la simple diferencia, a convertirlos en extraños primero y en enemigos después. A esto lo definiremos como la lógica de la exclusión.
- b) identificando diferencia y desigualdad; haciendo inmutable la diferencia y naturalizando la desigualdad. Y a esto otro lo definiremos como la lógica de la inferiorización.

Estamos, con estos útiles, en disposición de responder a las preguntas que nos hacíamos al comenzar el texto: el racismo y la xenofobia, la inferiorización y la exclusión son la producción social del otro (que simplemente es diferente desde el ámbito cultural) como un extraño, primero, y como un enemigo, después.

Hay, además, dos variables determinantes para explicar las diferencias de orden no estrictamente cultural: el Estado-Nación y el mercado de capitales y de fuerza de trabajo. Éstas aparecen en un lugar concreto (Europa) y en un momento determinado (s. XV y XVIII), se expanden y universalizan de una manera específica (supeditando al resto de sociedades a la *racionalidad* técnica y científica por medios pacíficos o, las más de las veces, forzosos) y produciendo unas consecuencias definidas (dependencia económica, desarticulación social y de los lazos comunitarios, desintegración cultural...). Estas son las responsables de convertir las diferencias en desigualdad.

Lógica de inferiorización y lógica de la exclusión están íntimamente imbricadas en la historia occidental (**Wiewiorka**, 1992). No obstante podemos afirmar que dependiendo del período histórico prima una u otra.

Así, en un primer momento, primaría la lógica de la inferiorización operando en una doble secuencia. Primero, naturalizando esas diferencias: las diferencias ya no son un producto construido socialmente, o provenientes de circunstancias históricas concretas, sino que responden a factores genéticas, biológicas. Son diferencias, por tanto inmutables. Y segundo, ligando esas diferencias naturalizadas entre las sociedades a la desigualdad existente en y entre ellas (por motivos económicos o políticos acaecidos históricamente). La desigualdad es, por tanto, no sólo una realidad, sino una necesidad dispuesta por la naturaleza.

En esta fase, ¿qué papel cumplirían el racismo y la xenofobia?: operarían como una construcción ideológica que justifica la inferiorización moral, intelectual y económico-social de pueblos o grupos atribuyéndola a diferencias supuestamente “raciales” y, por tanto, innatas y hereditarias. (**Stolcke**, 1991). Esta ideología se apoyaba incluso en un aparato pseudocientífico muy amplio (genética, psicología, etc.)

Es a partir de la 2ª Guerra Mundial cuando comienza una contra-ofensiva institucional que deslegitima teórica e ideológicamente este tipo de racismo. El comienzo estaría situado en la Declaración de la Unesco 1949, en la que se da por “abolido”, por “desenmascarado”.

En un segundo momento, el actual, primará la lógica de la exclusión.

A partir de los años 70 comienza a darse la paradoja de que mientras el racismo, como teoría pseudo-científica (aquella que achaca el comportamiento de los individuos como determinado por caracteres hereditarios con atributos superiores o inferiores), está *triunfalmente* desterrado del debate intelectual, presenta, por el contrario, una intensa vitalidad social, ideológica y hasta política que reverdece con fuerza ante la perplejidad del movimiento antirracista.

Es decir, se produce lo que **Taguieff** define como las *metamorfosis ideológicas contemporáneas del racismo*. Estas estarían caracterizadas por la ruptura de las representaciones y argumentaciones racistas elaboradas *que desplazan el acento desde la desigualdad biológica hacia la absolutización de la diferencia cultural* (**Taguieff** en Alvite, 95). Así, los nuevos parámetros del rechazo a la alteridad, una vez globalizado mundialmente el capitalismo y la racionalidad bajo la hegemonía de Occidente, se basarían en considerar la cultura como el elemento central de constitución de la subjetividad y la incompatibilidad de convivencia en un mismo territorio nacional de las diferentes pautas culturales. Así, lo que estaría operando en esta nueva forma de rechazo es la lógica de la exclusión.

Por tanto, el rechazo de la alteridad estaría basado más en el móvil del diferencialismo culturalista y no tanto en el de la inferiorización biologizante; hasta el punto que nos permitiría hablar del surgimiento de un neorracismo.

Como consecuencia de ello, se produce la rutinización y esclerosis del anti-racismo como un efecto indeseado e imprevisto, dado que la base de este último estaba fundado en el rechazo del anterior tipo de racismo, el biologista, que ponía el acento en la lógica de la inferiorización.

Este cambio de la balanza (de la lógica de la inferiorización a la de la exclusión, del racismo al neorracismo) está relacionado con los profundos cambios históricos que se han dado en Occidente.

En otros momentos de la historia de Europa, en concreto en el origen y formación de la Civilización Moderna (las Cruzadas, la conquista de América, la formación de los Estados absolutistas y nacionales, la extensión del mercado imperialista, la industrialización, etc.), el miedo al otro, su rechazo, tomaban la forma de inferiorización: servían para justificar o legitimar la naciente expansión y dominación europea (la esclavitud, el desalojo, el colonialismo); en definitiva, servían para el control de materias primas y poblaciones necesarias para el pujante capitalismo. Así pues, la inferiorización de esos *otros* estuvo en la base de la Civilización Moderna Occidental.

Ahora, cuando la expansión y el dominio Occidental están garantizados, sobre todo, mediante la internacionalización de las relaciones económicas y comunicacionales, la producción de estos sujetos en el imaginario colectivo europeo como enemigos sirve para justificar y legitimar la exclusión y el cierre de fronteras al crecimiento y la estabilidad cada vez más reducidos de nuestras sociedades en esta época de crisis. Por tanto, la exclusión parece estar en la base de esta nueva fase por la que atraviesa la Civilización Occidental (**Contreras**, 94).

Así pues, el racismo y, ahora, el neorracismo es un potencial argumentativo tremendamente útil para justificar la aceptabilidad de la matanza (directa o indirecta, real o simbólica) en una sociedad, en un mundo en la que la norma, la regularidad se basan en derechos contractuales de soberanía entre iguales, pero que se debate en la escasez o la incertidumbre. *El racismo es la meta-física de la muerte del siglo XX* (Foucault, 76).

El racismo y la xenofobia constituyen una coartada ideológica para reconciliar la ilusión de que todos los individuos nacen libres e iguales con la existencia de la desigualdad real: dentro de cada sociedad (operando a través de la inferiorización) y en el conjunto del planeta (operando a través de la exclusión).

La alteridad en Europa hoy

En el imaginario colectivo de esa realidad tan diversificada que es Europa (blanca, acomodada, de comportamiento “racional”, con mercado regulador, con sistemas políticos democrático-parlamentarios, con derechos cívicos, educación laica, Estados fuertes, heredera de la Modernidad, etc.) hoy podríamos decir que la alteridad se concretaría en 3 tipos de sujetos cuya percepción está cargada de significaciones altamente negativas:

- a) unos proveniente del interior:
minorías nacionales
minorías étnicas
- b) otros proveniente del exterior:
la inmigración
el integrismo islámico
- c) un último que afecta al conjunto:
los marginados/excluidos

El primer elemento común a todos estos sujetos es que el discurso mayoritario (políticos, medios de comunicación, intelectuales, opinión pública) los representa como problemáticos.

Entre el fenómeno en sí y las actitudes hacia él media la elaboración de las percepciones; y de un tiempo a esta parte el *problema* que representan estos sujetos ha ido deslizándose de una convivencia, no sin cierto recelo, a una visión como elementos perturbadores. Es decir, desde el fin del período de crecimiento de posguerra y de la caída del muro de Berlín, estos sujetos son percibidos como generadores de conflictos reales, como fuente de sospecha y amenaza. En definitiva se ha comenzado a construir la imagen de ellos como enemigos potenciales o de hecho para nuestro orden y cultura, en general, y

para la estabilidad del proceso de unificación europea y de reflotamiento de la crisis económica, en particular.

Estos sujetos no son nuevos en la historia de Europa y Occidente, tampoco es nueva la posibilidad de percibirlos como enemigos: lo que ha cambiado de unos años a esta parte es nuestra percepción de ellos, del contenido como enemigos, como sujetos portadores de conflictos, amenazadores para nuestra seguridad y de nuestro crecimiento, obstaculizadores de la posibilidad de realizar el sueño de la Europa unida, fuerte y próspera.

El período de posguerra está caracterizado tanto por el control y la bipolaridad político-militar como por el crecimiento y la estabilidad económico-social.

Hay 2 momentos decisivos de ese cambio de tercio de gobiernos y opinión pública en Europa:

- a) la crisis de comienzo de los años 70 (denominada como *subida del petróleo*)
- b) la crisis de comienzo de los años 90 (definida como *caída de los regímenes comunistas*).

Por supuesto, fueron más que crisis provocadas por el encarecimiento de las materias primas o por la desintegración del bloque del Este. Estas dos crisis anuncian la quiebra del mundo tal y como lo conocíamos hasta ahora en dos niveles:

- a) En un primer nivel, estas dos crisis anuncian un cambio coyuntural, la forma que tenía el mundo surgido tras la 2ª Guerra Mundial: el Estado de bienestar, el fordismo, la política de bloques, la división internacional del trabajo, el parlamentarismo, etc.

Es lo que **Balibar** definía como elementos coyunturales que serían o no favorables para que en nuestras sociedades contemporáneas se extendiera el racismo y el autoritarismo (**Balibar** en Alvite, 95).

O lo que **Wieviorka** define como condiciones que dependerían en la actualidad de tres cuestiones fundamentalmente:

- 1) Están relacionadas con una mutación social, con una post-industrialización cuyos efectos más espectaculares son la dualización socioeconómica y su corolario, la exclusión social.
- 2) Con una crisis del Estado, en particular en sus funciones de Estado-providencia.
- 3) Y con un empuje de las identidades, trátase del nacionalismo, de la etnicidad, de la religión o de cualquier otra referencia a una comunidad.

Procede igualmente de la desestructuración de esas tres dimensiones *la disociación creciente de la razón y de la nación*. (**Wieviorka** en Alvite, 95).

El racismo que se intensifica y difunde en todo el continente europeo tiene, sin ser determinista, profundas raíces ideológicas e institucionales en nuestra historia. Las conexiones que se establecen entre las formas “populares” de este neo-racismo y las actividades de minorías ultranacionalistas organizadas hacen temer la constitución de un neo-fascismo en Europa. A este respecto, es particularmente grave –aunque de ningún modo exclusivamente–, la virtual hegemonía de estos movimientos sobre una parte de la juventud desocializada por el paro y la exclusión.

La cuestión se plantea, como dice **Balibar**, en saber si esta dinámica procede de una potencia autónoma o representa una reacción frente a una situación de bloqueo social y de impotencia política. Parece acertado pensar que *el racismo y el neo-fascismo en Europa hoy son los efectos coyunturales de las contradicciones irresolubles en la cuales, a pesar de su aparente triunfo, se encuentran sumidas la economía neo-liberal y, sobre todo, el sistema político llamado “representativo” (y que, en realidad, “representa” cada vez menos a sus representados)*. Es cierto que, *cuanto más se agraven estas contradicciones, más se iniciará una espiral auto-destructiva cuyos efectos son imprevisibles*. (**Balibar** en Alvite, 95).

Producto de estas contradicciones es el actual debate en el proceso de construcción europea. Este se mueve en esta coyuntura de profunda crisis y desestructuración en un polo doble: por una parte, en una *fuga hacia adelante* marcada por el ritmo de las burocracias centralizadoras de Bruselas (la Europa de Maastrich y la de Schengen); y por otra, por la *huida hacia atrás* de los proyectos más nacionalistas y proteccionistas de las burguesías y de cada vez más amplios sectores de clase media y obreros castigados por la crisis de los diferentes Estados (el caso del proyecto **Chirac** para Francia).

En cualquiera de los dos casos el horizonte está en el Estado-nación, el mercado de capitales, el mantenimiento de la desigualdad hacia el interior y a nivel mundial: en el de la Europa de Maastricht de manera ampliada, en los casos como los de **Chirac** de manera conservada.

Pero en ninguno de los dos casos se sitúa (salvo en aquellos donde no ha quedado más remedio, como el caso de Dinamarca) en el centro

la voluntad ni el sentido de los diferentes pueblos y movimientos sociales, ni mucho menos el proyecto de una unidad voluntaria basada en la igualdad social y la diversidad étnica y cultural.

Aunque la evolución de esa espiral autodestructiva de la que habla **Balibar** esta bastante avanzada, no tiene por qué ser incontrolable por las fuerzas democráticas, a condición de que sean conscientes de la necesidad de tomar iniciativas elaboradas tanto a nivel local como transnacional. Parece realista considerar que los obstáculos internos, provisionalmente insuperables, impiden que se reproduzca pura y simplemente hoy día, a escala europea, un proceso análogo a aquél que, a principio de siglo, condujo al triunfo político del fascismo y del nazismo. Existe, pues, una *ventana* para la acción colectiva, en la cual podemos y debemos inscribir nuestros esfuerzos.

La coyuntura europea actual traduce la exigencia de una renovación y de una refundación radical de las prácticas democráticas, necesariamente colectivas : en el sentido de la regresión de los privilegios y de la ampliación de los derechos de ciudadanía. Sólo tales prácticas pueden desbloquear el círculo vicioso de la *construcción europea* y procurar a la institución política como tal (nacional, pero también supra-nacional) la posibilidad de una nueva etapa.

Lo que incita a proponer esta hipótesis (relativamente optimista, aunque condicionada), es que hay un desajuste entre el agravamiento de los fenómenos de exclusión y de desmoralización política que alimentan la expansión del racismo y, por otro, las capacidades de cualquier movimiento político que sea capaz de globalizar las reivindicaciones identitarias alrededor del *rechazo del extranjero*. Este está condenado a mantenerse dividido internamente y neutralizado tanto en el interior de cada país como a nivel europeo. Esto no resta nada a sus capacidades destructivas, pues la *barbarie* es siempre una alternativa posible (Op. cit.).

Pero en este desfase o en esta ventana política, la posibilidad de una alternativa intelectual, sin duda también de una alternativa moral fundada en el antiracismo (es decir en el rechazo del rechazo del otro), es siempre posible (Op. cit.).

- b) Pero también, en un segundo nivel, estas dos crisis anuncian un cambio estructural, la quiebra del mundo tal y como lo conocíamos hasta ahora. Del mundo que surgió con las revoluciones burguesas y las revoluciones industriales hace ahora unos siglos. Es la desarticulación de lo que se denomina como la Modernidad: de sus estructuras y valores.

Todas ellas ceden ante la consolidación de la llamada *globalización mundial de las relaciones*. Esto supone la consolidación de la internacionalización de las relaciones económicas, políticas, culturales, comunicacionales, etc. Y supone, entonces, que los esquemas e instituciones de que nos habíamos dotado hasta ahora se nos han quedado pequeños u obsoletos para las nuevas realidades.

La consecuencia directa es, por tanto, la sensación de inseguridad colectiva (ante el futuro, el trabajo, los valores, etc.) de las certidumbres que teníamos hasta el momento. El miedo a lo nuevo, a lo desconocido, es fácil concretarlo en esos *otros* extraños a nuestro comportamiento; desplazarlo hacia *ellos* como los causantes o agravantes de nuestros males. En definitiva, es muy fácil producir en nuestro imaginario uno o varios *chivos expiatorios*. Así, por lo menos, crearemos tener una certidumbre: la de saber quién es el causante de estos males.

Por supuesto, ni todos los sectores sociales tienen la misma percepción, ni esta percepción surge espontáneamente, ni, tampoco, son exclusivos de los Estados o de la sociedad.

Lo que está en juego tras estos fenómenos es el orden de seguridad y de dotación de sentido de los sujetos que se creó con el surgimiento de la modernidad. Estamos asistiendo a lo que **F. Guattari** definía (describiendo los elementos de la ecosofía social) como *...la problemática de la producción de existencia humana en los nuevos contextos históricos*. Producción de existencia humana en este nuevo contexto histórico que puede ir en la dirección de radicalizar los contenidos en una democracia ampliada, garantía de igualdad social y diferencia cultural, o, por el contrario, que revierta incluso las expresiones formales de esta democracia limitada.

Así pues los sujetos del imaginario de la alteridad en Europa hoy están situados en este marco de cambio estructural. La base del discurso sobre el que se construye su percepción es parecida en los tres que hemos enunciado al principio: el miedo y el rechazo.

Ahora bien, la forma del discurso que va calando y que modela el mito en nuestro imaginario es diferente según cada caso.

La producción de la inmigración como enemigo

Me propongo, para acabar, abordar en esta segunda parte la forma del discurso sobre uno de esos sujetos que se dibujan como enemigos en nuestro imaginario europeo y europeísta actual: la inmigración.

La inmigración extranjera, especialmente la proveniente de los países del sur, se va configurando paulatinamente como un sujeto de primer orden en la alteridad percibida como peligro proveniente del exterior.

Para el discurso mayoritario (políticos, medios de comunicación, intelectuales, opinión pública), la explicación de la eclosión de las minorías étnicas y nacionales, se suele fundamentar sobre dos ideas mistificadas:

- a) la sufren los Estados de menor integración.
- b) es un fenómeno arcaico

En el caso de la inmigración podríamos decir que las bases de ese discurso mayoritario y de nuestro imaginario se fundamentan en dos ideas/mitos contrarias a las anteriores:

- a) la inmigración la sufren los países desarrollados
- b) es un fenómeno contemporáneo

Pues bien, como desmienten la mayoría de los estudiosos en migración, como **G. Tapinos** o **B. Sutcliffe**, la (in)migración se produce en diferentes partes del planeta y es un fenómeno tan antiguo como la Humanidad.

Alrededor de 100 millones de personas (2% de pob. mund.), residen en países de los cuales no son ciudadanos: por lo menos 40 mill. se han trasladado del Sur al Norte (sobre todo en busca de trabajo) y casi 20 mill. son refugiados internacionales; en proporción a su población, los países con mayor número de emigrantes son: Afganistán, Somalia, Burundi, algunos de América Central, y con mayor número de inmigrantes: Malawi, Irán, Sudán, EEUU y Alemania. Los migrantes se dividen en muchas categorías (refugiados, hambre, cultura...), pero las causas de las migraciones pueden ser categorizados en tres ejes: a) obligatoriedad-voluntariedad, b) distancia (económica y social) y c) causa económica-no económica (más discutible) (**Sutcliffe**, en Alvite, 1995).

Las actitudes hacia la migración y las normas que la rigen tienen una importancia cada vez mayor: el número de migrantes va en aumento al igual que el empeoramiento de sus condiciones físicas; en algunos contextos políticos se les achaca todos los males y son objeto de ataques físicos y políticos (en Europa Occ. a partir de los 90: extrema derecha, acciones antiinmigrantes y

casi todos los países cambiaron su legislación). A pesar de la heterogeneidad de las migraciones y de las teorías e ideologías, se perciben dos tipos de actitudes: a) actitud negativa hacia la migración, b) choque entre lógica aplicada a la migración y la aplicada a otras cuestiones.

Es obvia la poca relación entre los derechos humanos reconocidos (Declaración Universal de los Derechos Humanos) y lo que sucede en la práctica en el mundo. Como dice **Sutcliffe**, “*donde es muy evidente esta contradicción en la legislación de Derechos Humanos es en el de la movilidad de las personas: tenemos un derecho humano para salir de cada país pero no para entrar*”. La entrada se considera un privilegio discrecional de cada estado-nación. Se reducen los derechos a refugiados (ampliados tras la II Guerra Mundial) y de inmigrantes económicos para el crecimiento. El derecho existió mientras no resultaba inconveniente, es decir, cuando se necesitaron para el fuerte crecimiento de posguerra.

Los derechos humanos reconocidos son fuente de aceptabilidad y de legitimidad; y la inmigración, al estar ausente, carece de las normas de un discurso legítimo (un ministro puede abogar por la *inmigración cero* sin incurrir en ilegitimidad; o se puede *demonizar* la inmigración).

Pero respecto a los derechos humanos reconocidos se establece una jerarquización, pues el derecho humano al asilo no sólo pasa a la cola de los cumplibles sino que es claramente recortado. Pero de todas formas se utiliza el derecho de asilo (*migrantes buenos*) para contrastarlo con el derecho a una vida mejor en otro país (*migrantes malos*). Esta es la distinción que está en la base del recorte del asilo en las legislaciones en el sentido de controlar el *fraude* de los económicos que se hacen pasar por políticos (*boat people* vietnamitas para Hong Kong y *balseros* haitianos para EEUU). De manera ilógica se distingue entre migrantes económicos y políticos (entre personas que huyen a causa de carencia de derechos económicos y de derechos políticos).

Incluso los teóricos de la contrarrevolución neoliberal que abogan por la libre circulación del comercio y de capitales, dudan sobre la libre circulación del mercado de trabajo allende las fronteras; éstos abogan, más bien, por la ampliación del cupo de admisión. Las restricciones a la migración son una discriminación de clase (op. cit.).

La mayor parte de la migración no ocurre bajo el derecho sino bajo la necesidad o bajo la presión de oportunidades y leyes ilógicas. No obstante, los inmigrantes no pierden muchos derechos políticos y humanos al abandonar sus países (en muchos casos son mínimos), pero dadas las normas actuales, cuando los inmigrantes llegan a su destino (incluso los que adquieren la residencia) tienen menos derechos que la población autóctona. Además se está restrin-

giendo el derecho de ciudadanía al vincular en muchos países la naturalización al origen étnico; lo que excluye a muchos inmigrantes de la misma. Aunque los derechos humanos son universales, sólo tienen vigor dentro de las fronteras de un estado-nación y están relacionados con la ciudadanía. Por ello, incluso las políticas sobre migración más liberales tienden a reducir la totalidad de los derechos jurídicos y/o políticos.

Cuanta más gente se desplace de un país a otro, menor será la proporción de población gobernada ante quien los gobiernos tienen una responsabilidad electoral. Aunque se restringen en los dos, en EEUU se ponen menos inconvenientes a otorgar derechos a la inmigración que en la Unión Europea. Sin embargo, muchos no tienen ni siquiera la posibilidad de una residencia de segunda. Pueden caer en el agujero de los derechos humanos que se ha abierto en las fronteras de los países receptores y ser personas sin derechos: campos y cárceles de control, clandestinidad, órdenes de busca, interrogatorios, vejaciones...

Las consecuencias represivas son el producto de un esfuerzo a largo plazo para implantar la *inmigración cero* en el conjunto de Europa, base implícita en las políticas inmigratorias actuales. Sólo para administrar la Ley de Asilo se gasta más en la Unión Europea que en ayuda al tercer mundo. La fortaleza Europea resultará cara en muchos sentidos, en opinión de **Sutcliffe**.

Se asocia inmigración y paro: sin embargo, analizando los países de la Unión Europea, cuantos menos inmigrantes, más paro. Se dice que la inmigración debilita el poder negociador, cuando lo que lo debilita son las condiciones de sobreexplotación de los ilegales sin derecho. *Las restricciones sobre la migración justificadas por su efecto en el mercado de trabajo tienden a tener resultados perversos: a no ser que se hagan con un rigor fascista tienden a aumentar el número de inmigrantes ilegales. Y es más probable que sea la ilegalidad más que la migración lo que constituye el problema* (**Sutcliffe**, en Alvite, 1995).

Los problemas que se le atribuyen a la inmigración son, de hecho, el resultado de la negligencia o la incentivación por parte de los gobiernos una inspiración cada vez más neoliberal sobre los problemas económicos y sociales reales.

Lo importante es que esas ideas sobre el control de la inmigración impulsadas por numerosos medios de comunicación y élites políticas sirven para justificar los dispositivos, legales y policiales, para controlar las fronteras y excluir de nuestras sociedades a esos colectivos de personas, algunas de las cuales llevan varias generaciones conviviendo con nosotros.

Son necesarios, por tanto, esos argumentos porque legitiman la elaboración y aplicación de uno de los pilares básicos de los Estados-nación (tanto del

ampliado europeo como de los existentes hasta ahora), las políticas de control interior y exterior del territorio.

Es esa tormenta de la que habla **Habermas** en el caso de Alemania, donde se está consiguiendo extender la idea de que *el problema del odio a los extranjeros son los extranjeros*, dinámica que ha contribuido a bajar los listones democráticos.

Las políticas de control de la inmigración están siendo reelaboradas en Europa a raíz de los dos momentos de crisis que hemos planteado anteriormente.

El espíritu que las anima, como plantea el Informe **Ford** para el Parlamento europeo, es restrictivo hacia dos tipos de inmigrantes: tanto para los que ya estaban asentados desde los años 60, como para los que desean asentarse hoy solos o con sus familiares, buscando mejores condiciones de vida y profesionales o huyendo de persecuciones políticas (**Ford**, 1991).

Sus consecuencias prácticas son, entonces, la tendencia a la expulsión de los primeros y a la exclusión de los segundos.

Semejantes políticas autoritarias, de las cuales la llamada Ley de Extranjería en el caso del Estado español es sólo un botón de muestra, se asientan, en esta época de incertidumbre, inseguridad y miedo, en las condiciones concretas y efectos coyunturales de esta crisis de las que hablaban **Wieviorka** y **Balibar**, pero también a condición de extender en la conciencia y visibilidad de la opinión pública el punto hacia el que dirigir ese miedo.

A l@s inmigrantes se les ha situado de manera privilegiada en el ojo de la tormenta.

Bibliografía

- Abad, L., Cucó, A. y Izquierdo, A:** *Inmigración, Pluralismo y Tolerancia*. Editorial Popular. Madrid, 1993.
- Álvarez Dorronsoro, I:** *Diversidad cultural y conflicto nacional*. Edit. Talasa. Madrid 1994.
- Alvite, J. P.** (Coord.): *Racismo, antirracismo e inmigración*. Edit. Gakoa. Donostia, 1995.
- Balibar, E. y Wallerstein. I:** *Raza, Nación y Clase*. Edit. Iepala. Madrid, 1991.
- Bandrés, J.M., Garrido, D.L. y Ibañez, R:** *Xenofobia en Europa. Instrumentos jurídicos contra el racismo*. Edit. Popular. Madrid, 1994.
- Calvo Buezas, T:** *El racismo que viene*. Edit. Tecnos. Madrid, 1990
- España racista?*. Edit. Anthropos. San Cugat, 1990
- Contreras, J:** *Los retos de la inmigración. Racismo y pluriculturalidad*. Edit. Talasa. Madrid, 1994.
- Delcambre, A-M:** *El Islam*. Edit. Talasa. Madrid, 1993.
- Enzensberger, H. M:** *La gran migración*. Edit. Anagrama. Barcelona, 1992.
- Foucault, M:** *Genealogía del racismo*. Edit. La Piqueta. Madrid, 1992.
- Garaudy, R:** *Los integristas. Ensayo sobre los fundamentalismos en el mundo*. Edit. Gedisa. Barcelona, 1991.
- Hidalgo Tuñón, A:** *Reflexión Ética sobre el Racismo y la Xenofobia*. Edit. Popular. Madrid, 1993.
- Kedourie, Elie** (Ed.): *Los judíos en España*. Edit. Crítica. Barcelona, 1992
- Kristeva, J:** *Extranjeros para nosotros mismos*. Plaza & Janés. Barcelona, 1991.
- Lévi-Strauss, C:** *Antropología estructural*. Edit. Siglo XXI. Madrid, 1990
- Id. *Raza y cultura*. Edit. Cátedra. Madrid, 1983
- Lewontin, R.C.** y otros: *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*. Edit. Crítica. Barcelona, 1987.
- Lucas, J.** de: *Europa: ¿convivir con la diferencia?*. *Racismo, nacionalismo y derechos de las minorías*. Edit. Tecnos. Madrid, 1992.
- Id., *El desafío de las fronteras*. Edit. Temas de hoy. Madrid, 1994.
- Morin, E:** *Pensar Europa*. Edit. Gedisa. Barcelona, 1994.
- Poliakov, L:** *La emancipación y la reacción racista*. Muchnik Editores. Barcelona, 1985
- Id. *Historia del antisemitismo. La Europa suicida, 1870-1935*. Muchnik Editores. Barcelona, 1986

Pujadas, J. J.: *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos.* Edit. Eudema. Madrid, 1993.

Ruiz Olabuénaga, J.I. y Blanco, M^o C.: *La inmigración vasca.* Edit. Univers. de Deusto. Bilbao, 1994.

San Román, Teresa (Ed.): *Entre la marginación y el racismo. Reflexiones sobre la vida de los gitanos.* Alianza Editorial. Mad, 1986.

Solé, C.; Herrera, E: *Los trabajadores extranjeros en Cataluña: Integración o racismo ?.* Centro de Investigaciones Sociológicas. Mad, 1991.

Id. *Discriminación racial en el mercado de trabajo.* Edit. CES. Madrid, 1995.

Sorman, G.: Esperando a los bárbaros. *Mientras Tanto*, 45, 1991, 31-43.

Stolcke, V.: *La guerra del Golfo. Viejo y nuevo racismo.* Edit. Seix Barral. Barcelona, 1993.

Todorov, T.: *Cruce de culturas y mestizaje cultural.* Edit. Júcar. Barcelona, 1988.

Id. *Nosotros y los otros.* Edit. Siglo XXI. Madrid 1992.

VV.AA.: *Extranjeros en el paraíso.* Edit. Virus. Barcelona, 1994.

Wieviorka, M.: *El espacio del racismo.* Edit. Paidós. Barcelona, 1992.

Literatura.

Ben Jelloum, T.: *Con los ojos bajos.* Editorial. Península. Barcelona, 1992.

Id. *Oración por el ausente.* Edit. Península. Barcelona, 1993.

Malcom X: *Malcom X. Vida y voz de un hombre negro. Autobiografía.* Edit. Txalaparta. Tafalla, 1991.

Moreno, P. y El Gheryb, M.: *Dormir al raso.* Edit Vosa. Barcelona, 1994.

Sevgi Özadamar, E.: *La vida es un caravasar.* Edit. Alfaguara. Barcelona, 1994.

Walraff, G.: *Cabeza de turco.* Edit. Anagrama. Barcelona, 1985.

Revistas /Informes

Archipiélago nº 12, 1993 : "Denominación de origen: extranjero".

Economía y Sociología de Trabajo. nº 11: "Los movimientos migratorios: la inmigración". Edit. Min. Trab. y Seg. Soc. Madrid. Marzo, 1991.

Herria 2000 Eliza nº 126, 1993: "Inmigración y Racismo".

Hika nº 35, 1994: "Arrazakeria".

Debats. nº 28, 1989: "La nueva inmigración: ¿ un apartheid europeo?".

Documentación Social. Colectivo IOE. nº 66, Enero-Marzo, 1987: "Los inmigrantes en España".

Documentación Social nº77: "España, frontera sur". Octubre-Diciembre, 1989.

Tiempo de Paz nº 23, Primavera, 1992. "Racismo y Xenofobia".

Comisión de Investigación. del Racismo y la Xenofobia del Parlamento Europeo. "Informe Ford sobre el Racismo en Europa",. Edit. Inst. Nacion. de Serv. Sociales. Madrid 1991.

Dir. Gral de Migraciones: *Anuario de Migraciones* (varios años), Edit. Ministerio de Asuntos sociales. Madrid

OCDE. Organización para la Cooperación y el Desarrollo: *El futuro de las migraciones*. Edit. M. de T. y S.S. Madrid, 1989.

Sabar, K. y Martínez, A. *Los inmigrantes de los países del sur en Gipuzkoa*. Edit. Diputación de Gipuzkoa. Donostia, 1992.

Salazar, A., Basauri, P. y Martínez, H. *Los inmigrantes económicos extranjeros en Vizcaya*. Edit. Bilbo Etxezabal. Bilbao, 1988.

SOS Racismo - SOS Arrazakeria: *Guía de recursos contra el racismo*. Edit. Gakoa. Donostia, 1994.)

Unesco: *El Racismo ante la ciencia moderna*. Liber. Ondárroa, 1980.

